

Carter - Reagan, alternativa de Norteamérica

COMO era presumible, Kennedy, al no haber conseguido la «Convención abierta», se ha retirado. Ahora es preciso mirar a la gran pugna electoral de noviembre. Hay un contrincante para los demócratas: Reagan. Y lo que importa ya es saber qué posibilidades tiene el candidato republicano, cuáles Carter.

Siempre se ha dicho que el presidente de Estados Unidos dispone por el solo hecho de serlo de una clara ventaja contra su oponente si se presenta a la reelección. No fue así en el caso del predecesor de Carter, Ford. Y el mismo presidente actual es motivo de muy fundadas dudas a este respecto. Tiene en contra, precisamente, la trayectoria de su mandato presidencial que tanto en la política interior como en la gestión de los asuntos internacionales se está cerrando con un balance poco alentador. La Administración demócrata no ha conseguido ni siquiera mitigar el alarmante aumento de la inflación y el paro. Las grandes incógnitas de la crisis económica siguen en pie con el agravante de que el impulso hacia el exterior que caracterizaba al dinero y a la producción norteamericanos se ve mediado.

Este factor interno contará mucho en las urnas. Pero tal vez le cuesten más votos a Carter los argumentos que se pueden esgrimir contra su política exterior. Ha sido persistente y profundo el desgaste por este lado. La acusación que se le hace sobre todo a Carter es de que no ha llevado con pulso firme la gestión de su política exterior. Han cambiado las condiciones del panorama internacional, se ha alterado gravemente la relativa estabilidad existente en las relaciones con la URSS, la Europa occidental está dejando de ser la aliada incondicional que había sido durante tanto tiempo. Frente a estas nuevas realidades, Carter ha dado con demasiada frecuencia la impresión de actuar a remolque de los acontecimientos, con reacciones precipitadas que de momento satisfacían a una opinión movida por resortes emocionales pero que a la larga la defraudaban por su inoperancia. En este sentido, Afganistán y, sobre todo, la cuestión de los rehenes retenidos en Irán han sido decisivos. El espectáculo de los atletas de los países aliados acudiendo a la Olimpiada de Moscú mientras los dirigentes del Kremlin no se tomaban ni siquiera la molestia de disimular la continuación intensiva de la acción bélica contra los nacionalistas islámicos de Afganistán, el fracaso de todos los intentos para liberar a los rehenes cuya penosa existencia ha quedado olvidada, son malas recomendaciones para la reelección de Carter.

¿Reagan, entonces? Si se trata de la inflación y el paro, él dice tener la fórmula para detenerlos. Es un argumento simple. Demasiado, probablemente. Consiste en aliviar la presión fiscal. ¿Pero no se contradice este propósito con el que proclama a los cuatro vientos de que hay que reforzar a fondo la capacidad bélica del país, aumentar el arsenal de las más potentes y sofisticadas armas?

Reagan propone una política de firmeza frente a la URSS pero su planteamiento es esquemático y excesivamente simplificador. Carter ha sido frecuentemente atrapado en la complejidad del mundo actual con el resultado de una actuación débil y desorientada. Pero justamente esta complejidad no parece que sea apropiada tratarla con las ideas simplificadoras del candidato republicano.

A partir de esta consideración se hace conveniente mirar a la otra cara de la política del actual presidente, el cual por lo menos ha evitado que cualquiera de los espinosos asuntos planteados tuviera una derivación explosiva. Entonces, a la debilidad cabe darle el nombre de prudencia y a la desorientación calificarla de flexible adaptación a las circunstancias. ¿Lo verá así el electorado norteamericano? ¿O preferirá por el contrario exponerse a que Afganistán, Oriente Medio, Irán, Europa, la carrera de armamentos nucleares alcancen el nivel de extremo peligro para la paz y el equilibrio mundial que potencialmente encierran?

Tal vez tampoco esta disyuntiva sea cierta. Después de las elecciones, con cuatro años por delante, es posible un Carter más firme y un Reagan más templado. En todo caso, es muy probable que una gran parte de los electores norteamericanos depositen su voto con pocas ilusiones. Y, también que, aún más que otras veces, simplemente dejen de hacerlo.

Dudas complicadas

Neologismos para el castellano

DE hecho, el castellano —o el español, como ustedes quieran—, al igual que los demás idiomas occidentales, viene sufriendo desde hace tiempo una amplia y profunda ingerencia de vocablos anglosajones. La cosa, por supuesto, no ha de sorprender a nadie. Siempre ha ocurrido así, en la historia de las lenguas: una de ellas se convierte en hegemónica, e influye sobre las restantes. ¿Cómo olvidar aquello de «compañera del imperio», que tanto se cita de Nebrija? El «imperio», ahora, es anglofono. De vez en cuando, algún académico riguroso denuncia el peligro. Que no es sólo de contaminación léxica: también se introducen calcos sintácticos, más sutiles, de los que, a la larga, casi nadie se da cuenta y que acaban pareciendo formas genuinas. E insistir en el fenómeno es inevitable. Hoy es a través del inglés —más bien del «americano»— que nos llegan las teorías, los artefactos y las costumbres más o menos nuevos. La dependencia lingüística refleja otras dependencias obvias. El problema, en definitiva, no se resuelve con lamentaciones puristas. Ni sería lógico, o biológico, pretenderlo.

Al fin y al cabo, todos los idiomas se han forjado, en parte, a base de «préstamos» mutuos, y los «neologismos», en cualquier época, han sido impuestos por una necesidad social determinada. No entro en el asunto, que no es mi fuerte. Me limito a consignar rudimentariamente una evidencia. Otra cuestión es, sin duda, lo que está ocurriendo en estos días: el abuso de palabras inglesas «tal cual», intercaladas —me referiré a lo nuestro— en los romances, o asumidas con escasa adaptación. Etienne, ese gran tipo de las letras francesas tan mediocremente conocido al sur de los Pirineos, ya clamó hace años contra el «franglais» que leía en sus periódicos y escuchaba en sus altavoces. Aquí no se ha llegado a ese extremo de mixtura, ni en castellano ni en catalán. Pero, de todos modos, abundan los papeles públicos en los que un lector indígena tropieza enseguida con una terminología no adaptada, y, por tanto, ajena a los hábitos lingüísticos corrientes. Los economistas, los sociólogos, incluso los historiadores, y los periodistas que les siguen, a menudo, no advierten el riesgo que corren de no ser entendidos. Excepto por sus propios colegas, claro.

Me temo que la conversión de la palabra extraña en un «neologismo» no acaba de funcionar bien, en castellano. En catalán sería, o es, más fácil: su prosodia es más dúctil,

si vale el argumento. Hay casos en que el castellano ha logrado soluciones afables, distintas de las que el catalán ha inventado, y en ambos casos lícitas: «chicle» y «xiclet» es uno. Pero el castellano encuentra más impedimentos en los plurales. Ya fue una tontería convertir «chauffeur» en «chófer» en lugar de «chofer» —«xofer» en catalán—, porque el esdrújulo «chóferes» resulta malsonante, y por eso lo evitan los castellanoparlantes razonables. Creo que la Real Academia Española ha inscrito en su diccionario «güisqui». Bueno. ¿Se dice «güisquis» o «güisquies» cuando vamos por la segunda copa? Lo ignoro. Quizás en el dialecto «cheli» todo vale. El «cheli» madrileño y provincial es una jerga filológica similar a la que don Carlos Arniches armó con el casticismo chulapo de sus sainetes. O sea: una manera de huir del castellano. El que lo hagan los castellanos es algo que produce una cierta perplejidad.

Mi viejo y admirado amigo Pla, un día, apuntó la idea de que la literatura «graciosa» de los ya casi olvidados hermanos Alvarez Quintero, traducida al «castellano», no haría reír a nadie. La observación mantiene su rigidez gramatical implacable con eso del «cheli» (y confieso rápidamente que tampoco estoy muy seguro de lo que sea el «cheli», si es que el «cheli» es algo). Y lo mismo con la jergonza anglicana de los tecnócratas. ¿No hay palabras autóctonas para decir «stress», «lobby» o «staff», y tantas cosas más, infinitas más? Sospecho que sí. Cuando aquella señora, personaje de zarzuela, consentía que sus niñas fuesen a la ópera, hallaba una excusa deliciosa: «cantada y en italiano / gana mucho la moral». Pues eso. Si una fatiga física se llama «stress» —porque se trata siempre de fatiga «física»— ¿no la convertimos en una trampa clasista? No hay constancia de que ningún peón, ningún barrendero, sufra «stress»... Y la divagación me llevaría a ejercitar el sarcasmo, y a recordar a las señoritas románticas que padecían unas «migraines» —migráneas— que ningún médico rural pudo diagnosticar en su clientela agropecuaria... La medicina vigente sólo reconoce el «stress» entre los ricos y los «cuadros».

Y sigo con mi tema. El plural de «váter», en buen castellano, sería «vátères», ¿no? Otro esdrújulo que no cuadra. ¿Y cómo pluralizar «complot» o «chalet»? En catalán no existe dificultad fonética: «complots», «xalets» (l «vátères»). Veo que la prensa de Madrid opta por escribir «compló» y «chalé», que darían

«complós» y «chalés». «Chalé» da poco de sí, pero «compló» pide un derivado como «complotar», aunque sea de empleo evasivo. La opción «complots» y «chaletes» se ha descartado. Y pienso enseguida en don Miguel de Unamuno, que no quería escribir «reloj». «Relej», con esa jota terminal, encontrará pocas rimas en castellano: «troj» y una o dos más, no sé. Como «azúcar». ¿Cómo no evocar aquel poema de don Dámaso Alonso, cuando, obsesionado por esa rima, se enfadó con un moscardón? «Azúcar» rima con «júcar» y con «fúcar», y con nada más. Pero Unamuno, al preferir «reloj» a «relej», olvidaba el plural «relojes» y los subproductos «relojero» y «relojería», tan claros. Eso es probablemente una excepción en castellano. De acuerdo. Sólo que de «reloj» se saca «relojero», y de «compló», «complotar». Y éstos serían los «neologismos». Porque «stress» no lo es: sigue siendo una intrucción inglesa en castellano y en catalán, y en ruso, si llegó a la Unión Soviética. También los «cuadros» comunistas padecerán un «stress» u otro, digo yo: los «cuadros», no los «stajanovistas». ¿Existen todavía «stajanovistas» en la URSS?...

Y esa «t» final de «complot», y me emperro en ello, ¿qué románico-parlantes la sabrán pronunciar? No los castellanos, ni los franceses, ni los italianos, ni los portugueses. Puede que sí los franceses. Un italiano dirá «complotto». No sé lo que hará un galicoportugués: no tengo a mano un diccionario para verificarlo. ¿Y en occitano?... Estas minucias son muy curiosas. En castellano, «complot», neologismo asimilado, ¿no tuvo que convertirse en «complotote»? Como «relej» en «reloje», que sería lo que Unamuno debería haber propugnado. Y «chalet», sí. Unas «leyes fonéticas» que hicieron que el castellano fuese castellano acaso lo aconsejarían... Personalmente, el detalle no me preocupa demasiado: como catalano-hablante que soy, y valenciano de la Ribera Baixa, todas las consonantes me parecen buenas, y en especial las de final de palabra. Como castellanoeconómico, mis dudas son delicadas. ¿Pondré «compló» o «complot»? ¿«Chalet» o «chalé»? ¿«Complots» o «complotes», «chalés» o «chaleses»? ¿Cuál es el plural de «puré»? ¿Como el de «café»? Chales, purés, cafés... ¿Es eso castellano?... Dios y la Academia lo dirán.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

DESPRECIO A LOS JUBILADOS

Señor Director:
Me refiero al escrito publicado el día 7 y firmado por don Santiago Echeverría en el que expone concretamente el espanto que la Administración ha llevado a cabo con su señora madre, de 84 años, en relación con su pensión.

Hasta cuándo el Gobierno de este país piensa acabar con esta explotación a costa de los pensionistas. Creo y considero que ya está bien.

Basta de aumentos a la representación gobernante (ministros, diputados, senadores y todo lo que arrastran tras de sí) y, quizás es el momento de pensar que para remediar en parte los emolumentos a los pensionistas bajo un punto de vista de justicia social, el primer paso es de que sean ellos los primeros en apretarse el cinturón.

Josep M. PANISELLO FRANCESC

NO ES ESO, NO ES ESO...

Señor Director:
Agradecería la publicación de la presente en la sección de «Cartas al Director» de su prestigioso periódico.

He leído que, a partir de ahora, descenderá el número de parados (claro que sólo estadísticamente hablando), a cuenta de no incluir a los jóvenes de 14 a 16 años y al respecto, hay incluso polémica entre el Ministerio de Trabajo y el Instituto Nacional de Estadística.

Y me pregunto, ¿quién se sentirá satisfecho cuando, con este arreglo, la estadística baje del 11 por ciento al 9 por ciento. Lo importante es resolver el problema, pues tanto el 9 como el 11 por ciento son demasiados.

Ya en una carta anterior, pedía a nuestra clase política seriedad, y no es eso, señores, no es eso... Si el Gobierno no ha sido capaz de resolver éste y otros problemas, que tenga al menos la honradez de reconocerlo y deje el campo a otros. ¿Que quizás estos otros tampoco sepan? Pues dentro de 3 o 4 años se cambian y en paz. Que nadie se asuste por eso, que ya ha sucedido y sucederá en las mejores familias, digo países.

Lo mínimo que debemos exigir a un Gobierno es credibilidad y ésta sólo se obtiene con honradez política, que obliga a hablar con realismo a los administrados, ni triunfalismos ni derrotismos, la verdad simple y llana. ¿Para cuándo, señores?

Humberto CALVO

DE UNA MADRE SOLTERA

Señor Director:
Soy una chica de 17 años y, me dirijo a usted para denunciar, como muchos otros, la discriminación que sufren (en este caso sufrimos) algunos sectores de esta nuestra sociedad española.

Como he dicho anteriormente, tengo

17 años y hoy hace un mes, he sido madre soltera de una preciosa niña, a la que he llamado Elena. Debo aclarar, también, que no me arrepiento ni avergüenzo de ello, como mucha gente desearía.

Así, fui a dar a luz a Tarrasa, donde nos dijeron, a mi compañera de habitación y a mí, que el nombre de nuestros respectivos hijos saldría, tres días después, en el «Diario de Tarrasa», como acontecimiento local. Por ello compramos, ambas, dicho diario y, cuál no sería mi sorpresa, al ver el nombre de la hija de mi compañera, pero no así el de la mía.

Al principio no entendí el porqué, pero, poco a poco, me fui dando cuenta de lo que sucedía: mi hija no había salido porque no constaba nombre del padre en su inscripción...

Y Elena, a los tres días de edad, sufrió la primera de las muchas situaciones hipócritas y absurdas a las que se verá sometida, mientras los culpables de las mismas se fuman un puro...

Señor Pujol, señor Suárez... ¿una niña de tres días es la escoria de la sociedad? ¿Lo es su madre? Por no haber obtenido respuesta, denuncié a su sociedad, que procurará en toda medida no sea la nuestra, por la pérdida de tacto y ética de la misma, si es que alguna vez la tuvo...

Beatriz SORIA DE ZEIDT

PENSIONISTAS POBRES, ¡POBRES PENSIONISTAS!

Señor Director:
Perplejidad primero, e indignación después, me ha producido la lectura de la carta aparecida en este periódico el día 7 del presente agosto y firmada por don Santiago Echeverría.

Los párrafos 7, 8 y 9 son de una tremenda elocuencia: «Le envío la comunicación recibida por mi madre, de 84 años, que tenía una pensión de 11.900 pesetas y que se la rebajan a 3.970 pesetas, porque percibe ya la pensión de viudedad, que asciende a unas 8.000 pesetas. Es decir, que la tan cacareada «mejora» de las pensiones consiste en rebajarle unas «ocho mil pesetas» del total de veinte mil que cobraba. ¡Vergonzoso! Y más, aún, al pie de la comunicación hay una nota que dice: «Esta pensión —yo diría ilusoria— le será retenida hasta enjugar las diferencias percibidas en más, desde 1-IV-80 hasta 31-V-80, que asciende a 15.000 pesetas».

Algo inaudito, inconcebible. Porque si dicha señora viene cobrando una pensión, señal es de que años atrás estuvo trabajando y cotizando a la Seguridad Social. Y si al morir su marido —otro trabajador— cobra la correspondiente pensión por viudedad, está en su perfecto derecho, por lo cual es una tremenda injusticia que le quiten un dinero que es suyo. ¿Cómo es posible se produzcan estas aberraciones? Con medidas de este tipo parece que lo que se pre-

tende es «cargarnos» la democracia. ¿Cómo los partidos no alzan su voz alzada y remueven Roma con Santiago hasta conseguir que las personas de la tercera edad sean respetadas en todos los sentidos en lugar de verse atropelladas?

Manuel LORENZO PRIVADO

ENCERRADOS EN EL PARQUE DE LA CIUDADELA

Señor Director:
Nos complace aprovechar la ocasión que se nos ofrece a través de este diario para exponer los siguientes hechos:

El jueves, día 31 de julio, nos encontramos los abajo firmantes en el Parque de la Ciudadela. Al oír la señal de abandonar el parque, nos encaminamos a la salida más próxima. Solamente uno de nosotros pudo franquearla debido a la actitud del empleado del parque encargado del cierre, que cerró la puerta impidiéndonos la salida, todo ello, con un malhumor evidente y mala educación manifiesta. Se ve agravado este desagradable incidente por el hecho de que esto ocurrió a las 21 horas y 27 minutos exactamente, hora en que, según rezan todos los carteles del parque, éste debe estar todavía abierto.

Nuestra primera intención fue olvidar el asunto, pero creemos que el deber cívico en estos casos es manifestar los hechos por si alguna vez es de utilidad a alguien. La puerta donde ocurrió es la que se halla frente a la calle Roger de Flor.

Nos gustaría que este empleado entendiera que además de la obligación de cumplir con su horario laboral, también tiene la de tratar con corrección a los visitantes que, además con su presencia y aportaciones monetarias, son realmente los que posibilitan su trabajo.

Vicente FERNANDEZ ZORIO,
Pío CAMPRUBI GOMIS y
Xavier MONTSENY MASIP

DONACION DE SANGRE EN EL EJERCITO

Señor Director:
El pasado día 7 fue publicada en esa Sección de «La Vanguardia» una carta firmada por M. Tolosa Surroca sugiriendo la idea de que los jóvenes que cumplen el servicio militar podrían donar sangre de forma desinteresada.

A este respecto, se quiere hacer constar que así se viene haciendo, desde hace muchos años, en todos los hospitales militares. Estos utilizan esta sangre no sólo para uso de las Fuerzas Armadas, sino que, con frecuencia, la ceden a instituciones civiles, en especial cuando éstas solicitan sangre de algún grupo poco corriente o con ocasión de catástrofes públicas. Donan sangre tanto los mandos como los soldados, siendo premiados estos últimos con diez días de permiso y un diploma. Por lo menos una

vez al mes se publican en la Orden General de la Región los nombres de los cabos y soldados que voluntariamente donaron sangre.

OFICINA DE INFORMACION, DIFUSION Y RELACIONES PUBLICAS DE CAPITANIA GENERAL

RENTA Y TERCERA EDAD

Señor Director:
Gracias, muchas gracias por su editorial con respecto a la en su día mal calculada disposición sobre el impuesto de la renta, y mi agradecimiento es doble por la patriótica inquietud que expone sobre futuros nefastos resultados al tratar de humillar la parte mayor y más sana del país.

Tanto la Bolsa como Cajas de Ahorro y Bancos, podrán establecer a finales de año el porcentaje de baja de fondos en las cuentas de las clases modestas pues contra el libro de caja no se puede ir. Si por el Gobierno con la excusa del petróleo, se desorbitan los precios e impuestos, y se merman las entradas, el final que espera a las personas mayores se puede ya suponer.

En cuanto a las jubilaciones, lo justo sería que el Gobierno y las Cortes desgraven la parte que la familia del pensionista precisa para vivir, pues resulta injusto tributar por segunda vez sobre un impuesto que en su día ya quedó afectado sobre el sueldo.

Es deplorable que un Gobierno formado en su mayoría por personas que convivieron con quienes crearon la ley obligatoria de pago por Mutualidad, con vistas a que llegada la vejez del productor éste gozase de una pensión equivalente al poder adquisitivo de las cantidades pagadas por la empresa y el trabajador y sin estar sujetas a gravamen alguno directo o indirecto, ahora no cumple su parte. Creo que no existe precedente en España en que la Administración haya dejado, de una forma tan flagrante, de hacer honor a sus compromisos. En mi juventud ya oía decir que el Estado siempre pagaba menos que una compañía particular —en el presente caso compañía aseguradora— pero que siempre cumplía. El ministro dice que pagar da derecho a exigir. Para todos pido yo que no se nos destruya la credibilidad.

Le reitero mi reconocimiento no sólo por lo que me afecta personalmente sino que también por los efectos futuros —que tan bien son expuestos en su editorial— causarán al país.

Francisco FABRE

N. de la R. — Escogemos con preferencia para la publicación —íntegra o condensada, según el espacio— las cartas breves, escritas a máquina por una sola cara que puedan aparecer firmadas con nombre y apellido.

Recordamos a nuestros comunicantes que las señas completas deben figurar en la misma carta y que no podemos mantener correspondencia ni atender visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas recibidas.